

«Vivir de palabras»

Nuevo libro de cuentos del mallorquín Juan Bonet, periodista, autor de excelentes ensayos y críticas teatrales —recuerdo un largo trabajo, escrito hace años, dedicado a Jardiel Poncela— y de numerosas narraciones, en catalán y en castellano, entre las que «Un poco locos, francamente» es el título más conocido.

Bonet, actitud irónica, de espíritu insular y contemplativo, ha ido conformando toda una crónica novelada de su isla y de las profundas transformaciones que en ella ha sufrido la vida social.

«Vivir de palabras», título de uno de los cuentos del volumen que sirve de título a la totalidad, parece menos atento a la realidad inmediata que otras narraciones de Bonet; esta vez estamos ante una serie de pequeñas anotaciones que el escritor transfigura e interpreta, y localiza más con su filosofía ante las cosas y los seres que con datos precisos. Libro suave, intimista, escrito con esa contención que suele soslayar el desahogo celtibérico para conducirnos al sonriente —y no por ello menos tragicómico— humorismo de la escuela mallorquina. Humorismo mediterráneo, alimentado por la convivencia de una sociedad

indígena tradicional y otra móvil y cosmopolita, radicalmente distinta. Y, lo que es más sugerente, por los pactos y las razones mercantiles que han hecho posible y feliz el que parecía, en la escéptica prehistoria del turismo, un matrimonio imposible. ■ J. M.

«Vivir de palabras». Narrativa Social Contemporánea. Ediciones 29. Barcelona.

El amor en Ibn Hazm y un prólogo de Ortega

A mediados del siglo pasado, el arabista holandés Dozy descubrió, en una colección de manuscritos de la Universidad de Leiden, un libro sobre el amor, escrito a principios del XI por un «árabe español», Ibn Hazm, onubense de nacimiento y recreado en Córdoba, a la sombra del califato omeya. La vida de Ibn Hazm, según la admirable biografía que le consagró el maestro Asín —hoy poco asequible, pero resumida en la sinopsis de su traductor, Emilio García Gómez—, da testimonio de la pasión con que vivió la España musulmana su declive y desmembración. Su libro, de otra parte, ilustra un aspecto mucho menos conocido de la vida medieval, al ocuparse

de algo tan recóndito como es el sentimiento del amor entre los árabes que asistieron a la ruina del califato.

El collar de la paloma —Allanza Editorial, núm. 351, 1971— es uno de esos libros que reúnen doble interés, literario e histórico. El interés literario de un tratado sobre el amor escrito por un clásico árabe no hay que recalcarlo. Sí hay que señalar, en cambio, lo que tiene de sorprendente para un lector actual tropezar con una teoría del amor que desborda el marco de la erotología convencional desde la primera hasta la última página. Tratándose de una obra árabe medieval, nuestros esquemas corrientes propician la imagen de una bronca o refinada sensualidad de serrallón con fondo orgiástico y guarda de eunucos. De ahí nuestra sorpresa al enfilar la lectura de un libro como El collar que, incluso al margen de su factura eminentemente lírica, merece, con razón, el calificativo de libro pladoso, que le da su traductor español en la excelente introducción que le precede.

De cara a la imprescindible revisión del lastre «cristianista» de nuestra historia, el libro de Ibn Hazm puede ayudar a desbrozar de tópicos nuestra mutiladora sensibilidad de occidentales. Así, por lo que hace al amor, bien pueden ir embridando la ima-

ginación los que creen en el monopolio cristiano de la espiritualidad y, más en general, de esa inefable cursilería de madama flustrada que es el amor «comme il faut». En tiempos del califato cordobés, el modelo literario del amor que trata de abrirse camino entre la élite, y del que el libro de Ibn Hazm es fuente principalísima, corresponde muy de cerca a las más depuradas versiones del ascetismo cristiano. Naturalmente, que el modelo que veremos no fue corriente entre la masa, como no lo fue en la cristiandad el amanerado amor «cortez» de las rucacas y los laúdes. Ibn Hazm perteneció al grupo de jóvenes aristócratas árabes que pretendieron «musulmanizar» la sociedad cordobesa, depurando en el fondo y en la forma la sociedad omeya de elementos espúreos y restaurando en toda su potencia el ideal «oriental» de la civilización coránica. La reforma del amor, de este modo, formaba parte de la reforma general de la sociedad cordobesa y consistía en el trasplante de cierta doctrina difundida en Bagdad, el amor 'udri, hecha de renunciaciones y contemplaciones, al margen de otras ambigüedades no menos graves. Ibn Hazm y su grupo concibieron una moral del amor que, sobre las huellas semiexpresas del platonismo, hubiera rubricado como suya un eremita del otro bando. Y esto es así, entre otras cosas, porque El collar es, precisamente, un tratado ascético, cuya lectura resulta un testimonio inapreciable sobre la espiritualidad del Islam español, sobre su brioso moralismo y, en especial, sobre el difícil punto de equilibrio en que la tradición coránica trató de conectar razón y fe. Para el lector español del hoy es un delicioso ejercicio ensayar el ajuste de piezas tan dispares como la exaltación místicoide y la chunga rijosa, la reverencia y el exabrupto, el candor y la doblez, que en la elegía de Ibn Hazm se eclipsan, se complementan y hasta se realzan en el cabrilleo de los bellos contrastes líricos. Y, sin embargo, a poco que trasponga el lector el escollo de la prevención inicial, comprobará que el mundo lírico-ascético de Ibn Hazm cobra sentido hasta en sus mínimos detalles, se independiza y gira sobre su aparente insignificancia hasta oponérsenos intelectualmente como un reto a nuestra parcialidad secular de espectadores privilegiados. Esta es la principal lección que nos brinda, a casi diez siglos de distancia, El collar de la paloma.

Una lección difícil que Ortega, no obstante, supo desenrañar con su manera emocionante de crucigramista excepcional en el prólogo que puso a una de las ediciones del libro. Como un crucigrama, en efecto, se va desmoronando el murallón de la distancia histórica que nos separa de Ibn Hazm y su teoría del amor, a medida que Ortega resuelve sus renglones. Nuestra incompreensión del mundo árabe —quiere Ortega— es un caso particular de la más general incompreensión de la Edad Media. Es preciso cambiar de mirador y ensayar la aproximación histórica, colocándonos en la frontera misma de árabes y cristianos —en la frontera cultural, se entiende, y no en la estratégica y vagabunda «raya de moros», donde se luchó con lanzas y romances— para comprender que unos y otros venían a coincidir en el mismo problema fundamental: el de la sucesión de Roma. Ortega muestra admirablemente cómo el error de base de la historia europea ha consistido en suponer que nuestros pueblos fueron de hecho los herederos naturales del Imperio, relegando a los pueblos árabes como bárbaros intrusos. Este es el grave equívoco que impide entender muchos aspectos del Islam europeo, pero, sobre todo, que nos aísla su cultura y nos lo pone fuera de alcance intelectual. Para entender la cultura de la España árabe, Ortega propone un definitivo armistio sobre la base de aceptar que, durante aquel período, los pueblos españoles, a un lado y a otro de la «raya» flexible que los dividía, vivieron una existencia fundamentalmente homogénea, mientras se decidía cuál de ellos sería el verdadero delfín de Roma. Las diferencias reales son, pues, posteriores a la solución definitiva del conflicto político y no coetáneas, y por ello es preciso acercarse al mundo árabe peninsular con tiento y sin ajeños triunfalismos que impidan comprender su realidad auténtica. Considerado como un bárbaro Ibn Hazm, por ejemplo, no puede entenderse, y El collar ni imaginarse.

No sé cuál será la cotización que los arabistas profesionales puedan dar en la actualidad al prólogo imborrable que Ortega puso al libro de Ibn Hazm. De lo que estoy seguro es de que entre las diversas teorías —incluidas las monsergas— y explicaciones de la España árabe que danzan por ahí, ninguna he visto que descifre más claves previas en menos espacio y con más talento nos introduz-

